

Fiesta de Pentecostés (28-05-23)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Qué alegría poder celebrar esta fiesta con un signo vivo de que el Espíritu Santo está siendo aún (y permanecerá siendo aún), en toda nuestra historia humana, su labor y su misión. Misión de la persona de la Trinidad que no tiene ni rostro ni voz, pero que mueve todo y conduce todo del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, es decir, nos hace conducir en la historia como Jesús se condujo por obra de Él, entregando su vida a la gente sencilla y a toda la humanidad, perdonándola, dándole siempre ánimos, esperanzas de poder resolver sus pecados, sus horrores, sus dificultades y, simultáneamente, decirnos que vamos hacia el Padre y que, porque vamos hacia el Padre y vale la pena vivir, porque nuestro destino no es la muerte, sino la Vida Plena.

Por esa razón, hoy día, estamos tratando de entender y vivir a ese Espíritu a través de la experiencia que hemos tenido en este último tiempo, recogiendo lo que, en años anteriores hemos venido haciendo, y haciendo posible que muchos entremos en esta dinámica que, inclusive, en este momento, nos interpela a nosotros como Iglesia, porque es más la fuerza arrolladora, no destructiva, sino promotora y recreadora del mundo propia del Espíritu, que las fuerzas que se unen para destruir, dividir, generar depresión en nuestra historia, en la historia de nuestro país, en la historia de nuestras vidas, en la historia de Lima y también en la historia del mundo.

Lo que pasa es que es cuestión de dejarse llevar por la fuerza del Espíritu, y eso comenzó con las iniciativas de nuestras hermanas de las ollas comunes, y estamos contentos porque

ellas nos han contagiado (como lo dijimos en la oración a la Santa Madre de las madres, en el Día de la Madre). Ellas, inspiradas, han logrado darnos un mensaje de fondo, y al Espíritu Santo lo han testimoniado, a veces, sin darse cuenta, pero se han dejado llevar por Él porque, solamente cuando alguien actúa por amor, puede ser testigo del Espíritu.

Por eso, este es un Espíritu creador, en primer lugar. El Papa lo ha subrayado en su Homilía de hoy, en San Pedro, diciendo que el Espíritu Santo es un **Espíritu creador, un Espíritu convocador y un Espíritu suscitador.**

Creador porque, actuando, transforma la vida triste y despedazada, dividida de los seres humanos, regida por el demonio, por el diablo (el diablo significa “el espíritu de la división”). Y ese **Espíritu creador**, genera y armoniza, hace posible que empecemos a unirnos por las cosas que valen la pena y que son las que nos hacen verdaderamente humanos. Y, por eso, hoy día, también, en diversas partes del mundo, la gente se está uniendo para la paz, para superar los dramas históricos que están desarrollándose en diversas partes por el cambio climático. Está habiendo una emergencia de cómo vamos a hacer el futuro próximo de este mundo difícil.

Un **Espíritu convocador** a ser Iglesia, porque la Iglesia es convocada a salir de los encerramientos por miedo. Y esto es muy importante para nosotros: siempre que nosotros nos reunimos, necesitamos un espacio propio, pero siempre hay el riesgo en la Iglesia de encerrarse, de mirarse el ombligo, de estar todo el día quejándose y, sobre todo, hay esos encerramientos que son para planear el mal, como estamos viendo en nuestro país en diversos sectores, de un lado o de otro, planeando cómo se desarrollan los propios egoísmos y

cómo se derrota al enemigo, y se domina sin medida. El Espíritu nos saca de esos encierros, a la Iglesia la sacó del encierro del miedo y del temor.

Los dos textos del día de hoy, se producen con un “encerramiento”. En la Primera Lectura (Hechos de los Apóstoles 2,1-11) llega el Espíritu creador, irrumpe con la fuerza del ¡ruaj! (la palabra Espíritu se dice ¡ruaj!, es decir, un viento huracanado). Pero luego ese ruido se transforma en un relámpago, sale fuego y se dispersa y se hace un fuego suave que entra en cada uno de los discípulos. Y ese fuego del amor les hace hablar, y todo el mundo los entiende, transmiten las maravillas de Dios. Ese es el lenguaje de Caritas, ese es el lenguaje de las ollas comunes, ese es el lenguaje de todas las instituciones, colegios, grupos voluntarios, hermandades, que han hablado en el último tiempo, de nuestros empresarios y amigos que se han unido a esta causa, colegios y universidades. Ese es el lenguaje que todo el mundo entiende, el lenguaje del amor solidario que, además, atraviesa todas las lenguas de la Tierra, y que es el único que permite entender el sentido verdadero de lo que es la humanidad.

Por eso, este Espíritu que convoca se hace como una especie de dinámica interna, de fuerza que va emergiendo y va contagiando todas las relaciones y se va expandiendo en el mundo. Es difícil que, en una época tan compleja como la que vivimos, todo pueda solucionarse fácilmente; pero sí es cierto que hemos vivido, en nuestra historia, esos momentos cuando ha habido gente que, dejándose llevar por el Espíritu en forma pacífica, ha logrado hacer que salgamos de diversas situaciones muy complejas del pasado. Ahora, en cierto modo, se están repitiendo en el presente, y se requiere, entonces, acoger el Espíritu.

El Espíritu viene para dinamizarlos a todos y nos convoca a salir. Esto es muy importante porque, como ahora, estamos reunidos todos, pero no para quedarnos aquí, sino para salir a ver y servir a los hermanos. Este miércoles el Papa ha pedido que recemos por el Sínodo que se va a reunir en este octubre, y lo ha hecho el día en que María visita a Isabel (31 de mayo, día de la Visitación). Y lo ha querido hacer así porque María es también como ustedes, hermanas de las ollas comunes, que salen a ayudar, no se quedan encerradas.

Por eso es que, hoy día, agradecemos a este Espíritu que recrea, pero convocando a salir, y que también nos reúne como es el corazón (sístole y diástole). Qué sería del corazón si, solamente se cierra y no se abre... ¡nos morimos! Si el corazón se cierra y solamente acumula, se endurece; en cambio, cuando se abre, todo el cuerpo se irriga. Y eso es lo que hoy sentimos, que nos reunimos para hacer algo más grande todavía, de acuerdo a lo que el Espíritu nos vaya inspirando. Y eso se da, también, porque no solamente son grupos, comunidades y la Iglesia, como llamada a salir, sino también cada uno de nosotros.

Hoy día, el Santo Padre, ha recordado que, personalmente, a cada uno le toca su Espíritu, le toca su alma, le toca su corazón. Y eso es la conversión: el dejar que el Espíritu nos llene y nos haga a cada uno de nosotros testigos del amor de Dios. Y por eso, en el texto tan lindo que hemos leído, rezamos: *“Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego”*.

Qué importante, hermanos y hermanas, es sanar el alma de los peruanos. Y sanar el alma significa acoger al Espíritu que nos puede transformar en hijos de Dios y hermanos y hermanas de todos los seres humanos. Por eso, vamos a agradecer a este Espíritu y vamos a disponernos.

No prometamos grandes cosas, pidámosle solamente a Dios Espíritu Santo que nos siga moviendo, nos siga recreando iniciativas (que todavía hay muchas más por hacer). Estos días, en una de las universidades nacionales del Perú, se va a hacer un encuentro (11 y 12 de junio) con todos los estudiantes de provincias y de Lima, empresarios, asociaciones, grupos sindicales y gobernadores, para entablar un diálogo sobre el proyecto de desarrollo humano en nuestro país.

Desde las bases sencillas, va generándose iniciativas, y tenemos que acogerlas, dialogar con ellas, no despreciar la iniciativa que viene desde la gente sencilla, sino promoverla, ayudarla y acompañarla. Eso sí, siempre pacíficamente, siempre construyendo la Paz, nunca haciendo cosas que puedan contrarrestar todo lo que nuestro pueblo espera. Es más nuestra esperanza que las cosas terribles que conocemos, Y esperanza puede plasmar y hacer que las cosas terribles se conviertan en cosas interesantes si es que nos dejamos ganar personalmente por el Espíritu del amor.

Vamos a pedir al Señor, también, que ahí donde hay conciliábulos diabólicos, donde hay “amarres”, donde hay cosas escondidas en función de intereses propios, en función de ambiciones, puedan ser transformadas en actitudes rectificadoras de la ambición y del dominio por medio la fuerza general de la trasmisión del Espíritu que hacemos. El Espíritu nos lleva a ese tipo de acciones serviciales, capaces de

imaginar juntos nuestro Perú y nuestro mundo unido. Y así, la guerra acabe, las tensiones acaben, los odios, las ambiciones y los fanes de poder desmedidos, acaben, y todos empleemos el tiempo en reparar nuestras heridas y enjugar nuestras lágrimas.

Que Dios las bendiga hermanas de las ollas comunes, hermanas transmisoras del Espíritu. Gracias por haber tenido sus iniciativas y habernos enseñado ese camino, gracias a nuestras Cáritas Lima y a las Cáritas hermanas que han trabajado hondamente en este trabajo. Gracias a los colegios, a las asociaciones, a los empresarios, a las comunidades, a las hermandades, a las voluntarias, a todas las mujeres que han hecho mucho por hacer posible que andemos en un camino mejor.

Y, hoy día, tenemos que agradecer a nuestras parroquias de Lima, a sus párrocos representantes aquí presentes. Gracias a todas las parroquias que se han sabido asociar vivamente en todo este camino. ¡Que el Señor nos siga inspirando!

Y como el Señor sopla sobre sus discípulos, vemos ahí la muestra de que el Señor suscita. **El Espíritu suscitador** efunde, es decir, nos vuelve efusivos, nos vuelve sensibles y capaces de actuar generosamente y de perdonar, como nos perdonó Jesús en la Cruz para dar oportunidad a la humanidad de recapacitar.

Con la Palabra se recapacita, con el Espíritu se hace caso a la Palabra, y con la fuerza del Espíritu se realiza la esperanza de la humanidad, que es la esperanza de Dios de que toda la humanidad sea hija y hermana como Él la creó, porque somos hijos e hija de Él, marcados por su amor definitivo. Por eso,

estamos llamados, justamente, a vivir como lo que somos:
hermanos los unos de los otros. Amén.